

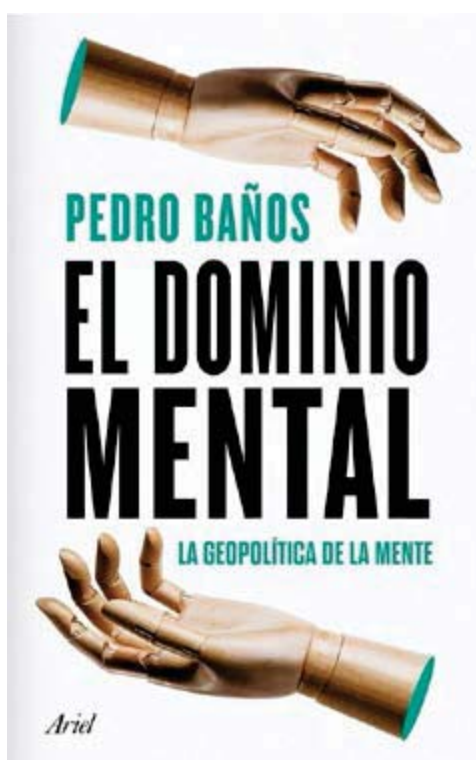
Federico Aznar Fernández-Montesinos
Capitán de fragata de la Armada, Analista del IEEE.

Correo: faznfer@fn.mde.es

Recensión

EL DOMINIO MENTAL. LA GEOPOLÍTICA DE LA MENTE.
Pedro Baños Bajo, editorial Ariel, 2020

ISBN 9788434433090 (400 páginas)



Decía André Glucksmann que el hombre no piensa, sino que se informa. Es, pues, consumidor de un producto enlatado y seleccionado por terceros; esto le ahorra el esfuerzo y el tiempo de pensar por sí mismo, y aun de pensar simplemente. En la práctica un mundo feliz –en la etología de Huxley–, y que combina esfuerzo y entretenimiento (el célebre *soma*), pero no en la realidad de los hechos, oculta por la combinación de ambos factores.

Y es que vivimos en una sociedad que se define a sí misma como «de la información» cuando toda la información existente en la Historia se dobla hoy cada dos años. Estando el conocimiento disponible, la clave se sitúa en los criterios y herramientas para una selección correcta.

Pero esto tampoco es fácil en un mundo complejo e interconectado, construido sobre conceptos débiles y acomodaticios, en el que lo emocional prima sobre lo racional y un buen discurso resulta mejor que un discurso verdadero. La clave es la gestión de los aspectos irracionales, de los sentimientos, pues el sentimiento antecede al pensamiento como la música precede a la palabra. Y, además, resulta más manejable que la razón.

Esto se agudiza con una globalización que propicia el cruce de agendas y facilita la injerencia en los asuntos internos por terceros; los términos dentro y fuera han dejado de existir con la globalización. Las políticas de influencia son, dentro de lo que se conoce como *Soft Power*, discretas y efectivas. Y suplantán la confrontación, algo muy práctico, particularmente en este escenario de confusión.

Los peligros para la democracia son evidentes. Todo modelo parte de una verdad única, de la cual se deduce, desde una perspectiva cartesiana, el resto. Sin embargo, esto no es así en la democracia en la que no existe una verdad que pueda afirmarse sobre otras sino que, lo que realmente existe son acuerdos básicos sobre diferentes verdades que hacen posible la existencia de una comunidad política y obligan a mantener un diálogo vivo y constante, para su mantenimiento y actualización. Esta no puede ser una verdad completamente fracturada, porque una verdad fracturada da pie a una sociedad que igualmente lo está. Además, la verdad y el poder van de la mano, de modo que las luchas por la verdad son en el fondo una lucha por el poder.

La manipulación de la información sitúa a las democracias frente a sus propias contradicciones: del control de la información puede derivarse el control de las ideas, cuando es la capacidad de inclusión de estas la que viene a indicar la calidad y solidez de la democracia.

Además, el poder que resulta atribuido al pueblo, en realidad reside en sus vanguardias, sean estas económicas o de cualquier otro tipo, internas o externas. Y existen poderes informales que promueven muy eficazmente actos en su propio interés. La igualdad de todos es una ficción necesaria para la construcción de una democracia.

El mayor riesgo para la verdad subyace en lo que resulta asumido, incuestionable y transparente. Situarnos fuera del marco para evaluar sus certezas y riesgos, desde una nueva perspectiva ajena y diferente es lo que nos ofrece el libro *El dominio mental*,

escrito por un viejo conocido de esta casa, el coronel D. Pedro Baños Bajo, antiguo profesor del departamento de Estrategia de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas y una persona de referencia al hablar de pensamiento estratégico.

El libro, escrito con una cuidada prosa, es un desafío a los esquemas convencionales, pero también una llamada a la reflexión sobre las amenazas ocultas y las oportunidades que ofrecen los avances científicos para el control social. Este es la lógica prolongación de sus dos obras anteriores: *Así se domina el mundo* y *El dominio mundial*, también publicados por la editorial Ariel. En estos trabajos ya demostraba su preocupación por la manipulación, de hecho, es una constante desde la primera página de su primer libro en el contexto de un uso amoral e irrestricto del poder.

Así, expone con insistencia, y a veces hasta con crudeza, la existencia de intereses cruzados y manejos ocultos sustanciados en agendas no conocidas, y hasta contrarias a aquellas que son explicitadas por parte de grupos informales poco claros. Para el coronel, buena parte de las decisiones importantes parten de personas o grupos pertenecientes a los llamados poderes fácticos. Y a la misma vez actúa casi como un evangelista tecnológico al difundir estos avances en atención al poder que les estima. Su trabajo sirve así a la vigilancia estratégica.

Estamos ante una trilogía de la dominación que, como no puede ser de otra manera, queda en el espíritu –que es el lugar de las grandes batallas–, lo que hace de esta última obra la síntesis necesaria de las dos anteriores, la base. El capitulado del libro es expresión de ello: «mente social», «la vigilancia mental», «la política mental», «la guerra mental», «las elecciones de la COVID-19», «la nueva sociedad mental», «técnicas de control de pensamiento», «meterse en el cerebro ajeno», «neurotecnología control mental y derechos humanos» o «control mental».

Las consideraciones «hard», como el poder militar o el económico, que eran el *leit motiv* de obras anteriores, se pueden ver complementadas –cuando no sustituidas– a través de operaciones «soft» que van más allá de la mera influencia. En este sentido, su nuevo trabajo es una reconsideración de la obra anterior. El auténtico poder es más inconcreto e indefinido de lo que sostenía entonces, pero al mismo tiempo igualmente eficaz. Lo que es duro se puede quebrar. Lo inconcreto y oculto –como recuerda Lao Tse–, no y por eso el poder se instala ahí. Como De Gaulle decía: el silencio es el lenguaje del poder: acaba en la práctica con cualquier posible formulación disidente.

No nos encontramos ni en el terreno de lo delirante, conspirativo o imaginario, sino en el de la cruda realidad. El caso Snowden puso sobre la mesa pública las posibilidades del espionaje, la vigilancia y la acumulación masiva de datos a todos los niveles y en todos los ámbitos. En 2016 el proceder de Cambridge Analytica exhibió las posibilidades que ofrecía la minería de datos y acreditaba la efectividad de estas técnicas a la hora de dilucidar una cuestión tan relevante como fue el Brexit. No estamos ante una teoría conspirativa, sino ante prácticas tan reales como ocultas y realizadas por actores pragmáticos.

Es más, el coronel Baños se adentra en la psicología social y señala divulgativamente diferentes metodologías de control de la sociedad por parte de las fuerzas que operan

en «los pasillos del poder», al decir de Carl Schmitt. Unas técnicas y tecnologías que posibilitan la hipervigilancia.

La gran riqueza del libro es el afán compilatorio, que lo convierte casi en un manual. Estamos con todo ante un trabajo necesario y diferente, una bocanada de aire fresco y con un punto alternativo. No es la suya una vulgar importación de las ideas anglosajonas que dominan el mercado a modo de pensamiento único y que se presentan casi como si fueran una doctrina. Es más, es una dialéctica de desafío precisamente a eso. Es más, su obra podría calificarse de alternativa y ponerla en la estela de autores norteamericanos como Chomsky, aunque su enfoque sea distinto.

La crítica es un elemento esencial para la pervivencia de nuestras sociedades, que pocas veces ponen en duda sus fundamentos, cuando la duda pertenece al acervo de occidente y explica las claves de su éxito: el progreso y la tecnología. Así, es bueno dudar, someter los propios principios a este crisol, tal y como proclamaba Descartes en su método para, al menos, poder afirmar con certeza que existimos por más que unos genios malignos nos engañen.

Se está tocando un tema de gran sensibilidad y valor que tiene sus precursores en clásicos como Gustave Le Bon, Goebbels o Bernays. Este último –creador del concepto de *Relaciones Públicas* y autor de *Propaganda*–, con la argucia de que los cigarrillos eran «antorchas de la libertad», contribuyó a la difusión del tabaquismo entre las mujeres de mitad de siglo.

En fin, nuestras sociedades se definen formalmente como democráticas, pero no hay democracia sin ciudadanos informados ni con capacidad para elegir correctamente. De este modo, y aunque parezca todo lo contrario, no somos libres pues, el control es más fuerte de lo que se aprecia a simple vista; no se nos presentan todas las opciones posibles y, además, se nos condiciona a la hora de hacerlo, buscando una falsa anuencia de los gobernados.

La clave no se encuentra tampoco en el control de la información, sino en el de la agenda informativa. Unas opciones se sobreexponen, otras ni se plantean, mientras al individuo puede manipularse desde el plano emocional mediante poderosísimas herramientas que son usadas continuamente. Y es que la información puede estar seleccionada, tratada y sesgada de múltiples maneras, condicionándose las respuestas a través del control no solo del marco, que también, sino de la propia mente.

Los diferentes sesgos, que con sofisticadas técnicas se pueden inducir sobre los individuos, afectan a los cimientos de la democracia al alterar su base, pues esta se sustenta sobre las decisiones pretendidamente libres e incondicionadas de los ciudadanos que, de este modo, se ven afectadas en los criterios para su adopción y se encuentran pedagógicamente orientadas.

Por eso, en palabras de Alain de Benoist, «las élites políticas y mediáticas sostienen el mismo discurso»; no puede ser de otra manera. Y es que existe un notable grado de covariación entre la posición de los medios y la opinión pública. Los medios, en tanto que empresas, son manipulables y la opinión pública también; es más, se puede traba-

jar para condicionar a las personas individualmente consideradas. A la opinión pública no se la puede contradecir –al menos no de forma sistemática–, pero sí se la puede educar; no olvidemos que el nombre del Ministerio de Goebbels era de *Propaganda* pero también de *Ilustración Pública*. El poder se transforma así en educación, de modo que se ejerce como si realmente no se ejerciera, desde la naturalidad.

Las «nuevas» tecnologías van a propiciar así el desarrollo de dos tendencias sociales no necesariamente contrapuestas. Una primera orientada hacia mayor democracia directa, que hace que las encuestas tengan un mayor peso político. Pero, al tiempo, también es posible un mayor control del ciudadano por el aparato del Estado y, consecuentemente, un mayor dirigismo. De este modo se anula la tendencia anterior, que queda encubierta y disimulada por la primera y que, además, legitima el sistema. Las diferentes formas de «control social» practicadas en China han venido para quedarse e, incluso, verse ampliadas.

La crítica que cabe hacer al trabajo es obvia: no todo es conspiración, por más que esta exista. Y una aproximación tan poco convencional, y que adicionalmente incorpora planteamientos que no son comunes, resulta arriesgada y discutible. Esta sobresimplificación efectista hace que el trabajo se distorsione y pierda objetividad, aunque ni de lejos lo invalida. No obstante, hace necesario el recurso a fuentes tradicionales y sólidas para afianzar la composición de la situación.

La visión del autor es realista en su más estricto sentido, no ya «bismarckiana», sino en la senda del más puro maquiavelismo; ese que confunde fuerza con poder, cuando lo que caracteriza al poder es su capacidad para construir, y no al contrario. A la perversidad en su uso, a la que constantemente alude el coronel, decir ya y como crítica que siempre le falta el «para que» característico de cualquier villanía.

En cualquier caso, no nos encontramos ante un trabajo académico, sino divulgativo y exploratorio, razón para lo que se sirve de recursos poco ortodoxos. Los casos ya citados de Snowden y el Brexit sugieren que este tipo de aproximaciones no fueron suficientemente ponderadas en el pasado. Para una visión convencional ya hay muchas fuentes consagradas.

Vigilar al vigilante, dudar, es la piedra angular no ya de la democracia, sino de occidente.

Recensión recibida: 17 de febrero de 2021.

Recensión aceptada: 09 de marzo de 2021.
